Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

X – El juicio al monje maldito

14 – Funesto presagio

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 4
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 14 – Funesto presagio

En el camino de vuelta, y ya lejos de Roma, la embajada de Egipto hizo un alto para pasar la noche.

– Escucha, Saad –dijo Ibrahim–, te voy a decir cómo vamos a montar hoy la guardia: yo dormiré durante el primer tercio de la noche; luego, tú me despiertas y yo te relevaré hasta el segundo tercio; después, despertaremos a Edamor, que se encargará de hacer la guardia en el último tercio. De ese modo, cada uno habrá montado su guardia equitativamente.

– De acuerdo. Venga, ven aquí a dormir.

Ibrahim se enrolló en su manto, apoyó la cabeza sobre las rodillas de su primo, y se durmió bajo la protección de Dios, el siempre Vivo, el que nunca muere. Reposó así, apaciblemente, durante tres horas; pero, de pronto, comenzó a agitarse, soñando; volviéndose a un lado y a otro, con espumarajos entre los labios, como si se encontrara poseído: "¡Saad! ¡Mi dinero, mi dinero!", gritó de repente. Gesticulando, golpeó violentamente a su primo en el pecho, tirándole al suelo.

– ¡Ay! –protestó Saad– ¿Estás loco? ¿Sacudirme de ese modo?

Al ver que Ibrahim seguía inmerso en su pesadilla, y no respondía, le sacudió, diciendo:

– ¡Vamos, despierta! ¿Qué te pasa?

– ¡No hay más Dios que Dios, y que Muhammad es el Profeta de Dios! –recitó Ibrahim, abriendo los ojos– ¿Dónde estoy?

– Serás tonto; ¿dónde vas a estar? ¡Pues aquí! ¿Qué mosca te ha picado para sacudirme así, mientras yo pasaba la noche vigilando, con tu cabezota sobre mis rodillas?

– No lo he hecho a propósito, Saad, es que he tenido un sueño terrible, y me he alterado muchísimo…

– No pasa nada –le interrumpió su primo–. De todos modos, no está bien contar nuestros sueños. Anda, ahora ponme tus rodillas, que voy a dormir un poco.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Saad apoyó la cabeza sobre las rodillas de su primo, y comenzó a roncar; pero, de repente, asestó un fuerte golpe a Ibrahim en el pecho, gritando:

– ¡Socorro, Panza Búfalo! ¡Ayuda!

– ¡Ay! ¡Eh, Saad! –protestó Ibrahim.

– ¡Qué pasa! ¡Yo también he tenido un sueño! –replicó el joven Saad.

– ¡En serio; no tiene ninguna gracia! Por Dios, te juro que no te golpeé a propósito: de veras que tuve un sueño espantoso. Solo Dios, el Señor de los mundos, conoce el secreto de todas las cosas; pero el significado de este sueño es que, excepto tú, ninguno de nosotros regresará vivo de esta expedición.

– ¡Que Dios aparte de nosotros tal presagio! Pero seguro que era la típica pesadilla: bien sabes que para que un sueño sea premonitorio, hay diez que se producen por una mala digestión.

– No, Saad, eso es lo que creían los paganos de otras épocas; pero el sueño de un auténtico creyente es verídico; sobre todo, cuando ha hecho las abluciones antes de dormirse; cosa que yo había realizado. Saad; di "Todo va a ir bien", para que te lo cuente.

– Todo va a ir bien, si Dios quiere –respondió Saad.

– Pues esto es lo que soñé: Me parecía que estaba en un navío contigo y con todos nuestros compañeros. Navegábamos por el mar; pero un mar de sangre, que se extendía hasta el horizonte. De pronto, el viento comenzó a soplar y se levantaron olas enormes, sacudiendo nuestra nave por todas partes. Desesperando de poder salvarnos, invocábamos al Eterno, a Aquel que ha creado los cielos y la tierra, cuando, una inmensa bandada de pájaros negros se abatió sobre nosotros, volando por encima de nuestras cabezas. Aterrorizados, nos abrazamos los unos a los otros, despidiéndonos de esta vida, y entonces, una ola más gigantesca que las anteriores, arrastró nuestro barco contra un arrecife, que lo partió en dos y lo hundió; todo el mundo pereció ahogado, pero yo, antes de sumergirme, te vi salir volando por el aire, de entre los restos del naufragio. Para mí, está claro: todos nosotros vamos a morir, y solo tú te salvarás. Anda, ve a buscarme a Edamor y a los demás: voy a dictar mi última voluntad.

– ¡Que Dios confunda las añagazas de Satanás! –murmuró Saad levantándose.

Se apresuró en despertar a Edamor y a los oficiales, que se reunieron en torno a Ibrahim.

– ¿Va todo bien? Dios lo quiera –se inquietó Edamor.

El León del Horân le contó el sueño que acababa de tener.

– Amigos míos –concluyó–, voy a hacer una relación de mis pertenencias, y de las que son del sultán; todos vosotros sellaréis con vuestros respectivos sellos ese documento, y luego, os trasmitiré mi última voluntad. El que muere dejando sus asuntos en orden, muere en la Fe.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Así que tomó la pluma e hizo una relación precisa de los fondos que transportaban; Edamor y los demás sellaron el pergamino; luego, Ibrahim volvió a tomar la palabra:

– Saad, si mi destino se debe cumplir, y si Dios ha decretado tu salvación, lleva al rey este documento, para que tome posesión de los fondos que le pertenecen; en cuanto a mi parte, que la deposite en el Tesoro, para que sea empleada por los combatientes de la Fe. Por otra parte, cuando me veas caer, te prohíbo que sigas combatiendo: sálvate y lleva la noticia de mi muerte al Horân y a todas las ciudadelas; así como a mi padre adoptivo, Musa El-Qassâr[1]. Por último, le dirás al sultán que arrase la ciudad en la que yo haya muerto, sin dejar a uno solo de sus habitantes.

Tras estas palabras, Saad y los demás no pudieron contener sus lágrimas.

Ibrahim pasó el resto de la noche charlando con su primo, y al despuntar el día, rezaron sus oraciones y recitaron unos versículos en honor del Profeta.

Próximo relato de "El juicio al monje maldito":

X.15 – ¡Menos mal que allí estaba el Maestro de las Argucias!

[1] Capitán de los Ismailíes de Alepo; él fue quien crió y educó a Ibrahim (ver *Paladín de Doncellas*).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6